

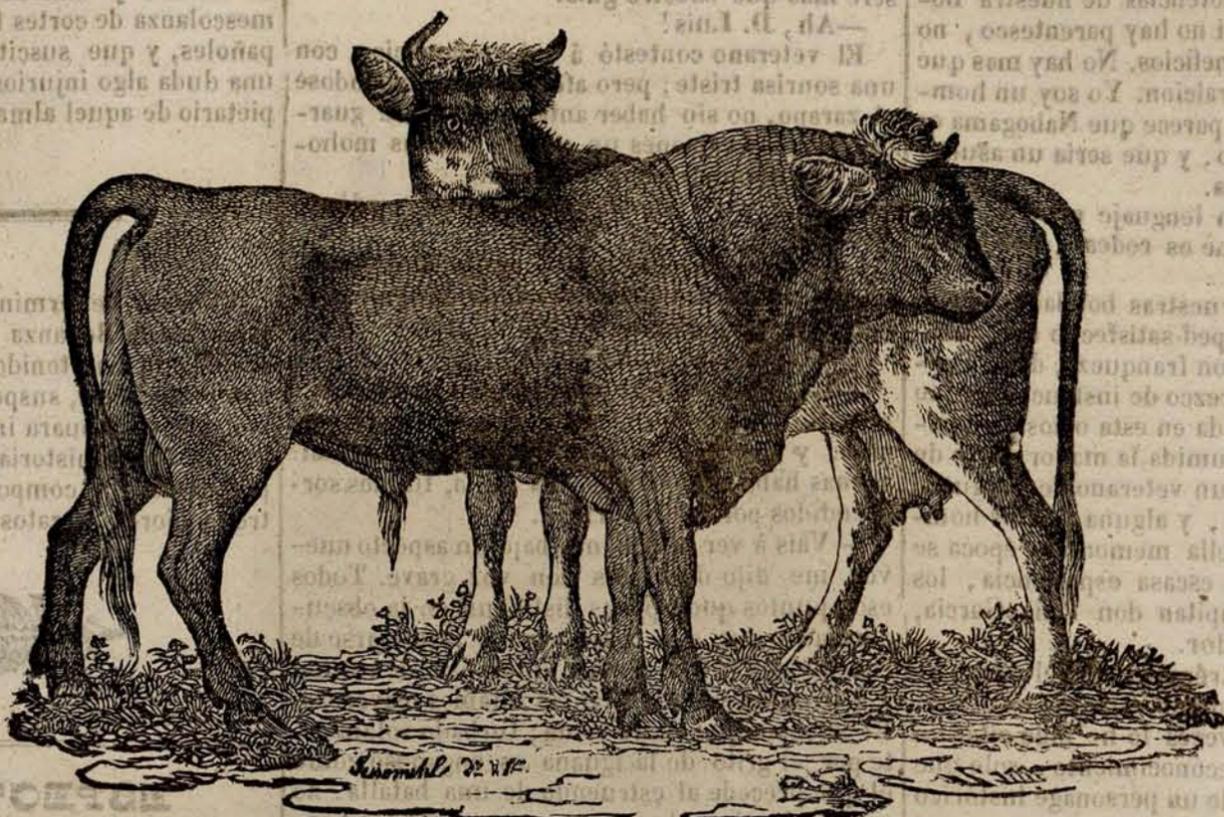
REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 100.

MADRID 18 DE ABRIL DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



EL BUEY Y LA VACA.

Vamos á ocuparnos especialmente en este artículo del buey doméstico, porque el salvaje difiere tanto de este, que casi pueden reputarse por dos especies distintas.

La costumbre de reunir á los bueyes en manadas, de cebarlas en pastos para comer su carne y de cuidar de las vacas para beber su leche, bebida tan sana y abundante, que casi pueblos enteros no han usado otra, se pierde en la noche de los tiempos.

En nuestros dias se emplea el buey como animal de tiro, y se cuida de su reproducción con el mayor esmero: á las vacas tambien se las cuida para sacar leche, que se convierte en manteca y queso de mil formas y colores diferentes.

Quando se reflexiona en el gran número de bueyes que se consumen en el mundo, no se estraña que se hayan buscado los medios mas á propósito para perpetrar la raza. Hay señales generales que los caracterizan: deben tener el cuerpo grande, la frente ancha, el ojo negro y vivo, el mirar fijo, la cabeza corta, la cerviz gruesa y carnosa, la espalda y pechos anchos, los hijares firmes, el espinazo recto, las orejas peludas, la pezuña corta y de un azulado algo amarillento, y el pelo lustroso, suave y espeso.

Un ternero de esta especie recién nacido puede pesar 60 libras. Si se le destina para alimento, se le deja que mame un mes ó seis semanas, y entonces son muy estimados, no porque estén gordos, sino por lo delicado de su carne.

Los que han de criarse se elijen de los que han nacido en los meses de abril, mayo y junio, porque tienen suficiente tiempo de adquirir las fuerzas necesarias para resistir al rigor del invierno. Se les desteta mezclando poco á poco la leche con agua, pero cuidando de echarle harina de trigo: á los cuatro meses pueden seguir á sus madres á pacer en los campos.

Desde que se separa el ternero de su madre

se ordeña á las vacas por mañana y tarde; la leche dura hasta que se acerca el parto, y verificado este, la venta de la ternera indemniza la falta del primer producto. Pudiera componerse un inmenso volúmen solo con el nombre de los quesos que se hacen con la leche de las vacas.

El buey es uno de los animales mas útiles para la agricultura, pues se emplea en casi todas las faenas del campo. A pesar de su robustez es un animal muy delicado, que exige las mayores precauciones: no se resigna enteramente al yugo, y es necesario procurar no exasperarle, y sobre todo precaverle de las moscas, insecto que le causa la mayor impaciencia. Resiste á los rigores del invireno, pero no á las corrientes de aires; siendo muy propenso á inflamaciones de pecho y enfermedades pútridas.

La industria ha puesto á contribucion al buey por todos estilos. Sus astas sirven para muchos artefactos: su cuerpo es un artículo de primera necesidad: su sangre entra en la composicion del azul de prusia: sus huesos frescos, sirven para las jaletinas, y secos para hacer negro, del que se sirven para el refinamiento del azúcar: su grasa sirve para el alumbrado, reducida á sebo; y por último, su carne salada ó en cecina, puede conservarse muchos años, y es un recurso en largos viages, plazas sitiadas y travesías marítimas.



VIAGES.

LA BONANZA DE NABOGAMA.

LOS REBUSCADORES DE ORO.

Una hora despues me hallaba acomodado con mi nuevo huesped junto á una mesa frugalmente servida y hablando de los sucesos de aquel dia que precedieran á nuestro encuentro.

—Y á qué atribuis, don Luis, (este era su nombre) la súbita mudanza de Matagente y el misterio de su conducta?

—A alguna mala accion futura.

—Esplicao.

—Tomad asiento y oid. Me entenderéis mejor si os digo antes quienes son esos dos malvados á quienes conozco mucho tiempo hace. El mestizo es el miserable mas astuto que he conocido en mi vida, el mas temible de todos los habitantes de Nabogama. Se ha grangeado una gran reputacion como rebuscador de oro; pero á decir verdad, yo creo que mas á mentido io encuentra en la faldriquera de los trabajadores extraviados á quienes asesina, que no en el seno de la tierra que le obliga á sacudir la pereza. Como es hombre demasiado fecundo en recursos sanguinarios para poder ejecutarlos solo, se ha agregado á Matagente, haciéndole servir á sus intentos como si fuera una máquina. Dificil fuera esplicaros hasta que punto ha conseguido el mestizo dominar al indio. Engañándole á cada crimen que le hace cometer para despojarle en seguida del infame beneficio que le resulta; ha estado ya veinte veces expuesto á ser víctima de los impulsos de rabia de Matagente, pero siempre gracias á su adm-

nable presencia de ánimo ha logrado salir sano y salvo de la lucha. Después de estas borrascosas discusiones, tiene siempre el Pelón para calmar la cólera de Matagente, algún nuevo crimen productivo que mandarle y del cual le da su parte después de la consumación, salvo el ganársela después al juego. Ahora, señor, me entenderéis cuando os digo que la reconciliación de esos dos vagabundos se debe á una acción mala, quiero decir, á un crimen futuro.

— Crimen añadió don Luis, que debe ser muy horrible para haber mitigado tan pronto la rabia de ese indio.

— Tan gran papel representa el puñal de Nabogama, señor don Luis?

— El puñal y el veneno, el fuego y el lazo; estas son las grandes potencias de nuestra Bonanza, caballero. Aquí no hay parentesco, no hay amistad, no hay beneficios. No hay mas que el oro, la envidia, la traición. Yo soy un hombre ignorante, pero me parece que Nabogama es una pintura del infierno, y que sería un asunto magnífico para un poeta.

— Os explicais en un lenguaje muy distinto del de los hombres que os rodean, señor don Luis

— Gracias mil por vuestras bondadosas palabras, repuso mi huésped satisfecho del cumplimiento. Hablando con franqueza, debo confesaros que, aunque carezco de instrucción, no se ha pasado toda mi vida en esta ociosa y brutal apatía en que yace sumida la mayor parte de mis compatriotas. Soy un veterano de las guerras de la independencia, y alguna vez los hombres superiores de aquella memorable época se dignaron consultar la escasa experiencia, los pobres alcances del capitán don Luis García, vuestro humilde servidor.

— Cómo! sois el intrépido, el fiel amigo de Morillos! Oh! vuestro nombre no me es desconocido, que algunas veces lo he oído citar en Tepic con respeto y reconocimiento: solo que hablaban de vos como de un personaje histórico y... Vacilé en concluir la frase.

Y qué? dijo mi huésped fijando en mi una mirada indagadora aunque llena de bondad.

— Y cómo de una persona, añadió, muerta tiempo antes.

Don Luis arrancó un suspiro y quedó silencioso. Si, debo estar muerto á los ojos del mundo, como lo estoy ya á sus esperanzas y á sus ambiciones. Puedo esperar de vuestra generosidad que os digeis guardarme este secreto revelado en un momento de loca vanidad y con el objeto de que no me confundais con los brutos sanguinarios que pueblan á Nabogama? Puedo confiar en vuestra discreción?

— Si, don Luis, si, mientras vivais. Pero vuestra historia...

— Mi historia, caballero, no puede inspiraros otro sentimiento que curiosidad y por lo tanto dispensadme de contárosla: mas vale que me habléis de vuestra intención, de vuestro objeto al venir á Nabogama, en lo cual podría yo daros algún consejo provechoso.

— Contestaré laconicamente á vuestra pregunta, capitán. Hé venido á ver.

— Y no conocéis á nadie?

— A nadie mas que á vos.

— En ese caso permitidme que os dé un consejo. Mientras os albergueis debajo de mi techo, nada teneis que temer, porque quien os atacara, me atacaba á mí, y el que quiera mataros, debía empezar por mí: pero fuera de aquí pueden asaltaros mil contratiempos imprevistos, mil peligros de que desde luego debéis procurar resguardaros. Id esta misma tarde, sin perder un momento á ver á la única autoridad que existe moralmente en Nabogama, en la persona de un anciano cura español llamado Irigoyen y haced por captaros del mejor modo posible la benevolencia de ese eclesiástico cuya amistad es una salvaguardia para el que la posee. Dormid ahora la siesta y hasta luego.

Sin esperar mi respuesta don Luis, me dejó solo.

Fatigado del camino, tendí mi zarapo y acomodando la silla del caballo á guisa de almoadá me eché vestido sobre aquel lecho con quien yo estaba familiarizado y tan al pié de la letra obedecí á mi patron que antes de cinco minutos dormía profundamente.

El ruido que hizo la puerta, á pesar de que

la abrían con precaución bastó para despertarme y vi que era mi generoso patron don Luis.

— Vaya, me preguntó, qué tal habeis dormido la siesta?

— Perfectamente, gracias á vos.

— Ya lo creo: sabeis que hora es?

— No.

— Están tocando á oraciones, y os echasteis á medio día.

— Cómo! las seis ya! Me levanté y añadí: un nuevo favor quisiera tener que agradecereros, señor don Luis: deseoso de dar un paseo, y no conociendo estos sitios, me alegraría en el alma de que quisierais acompañarme.

— Con mucho gusto, seré vuestro compañero, si mi charla os divierte; mas si os fatiga, no seré mas que vuestro guía.

— Ah, D. Luis!

El veterano contestó á mi exclamación con una sonrisa triste; pero afectuosa, y echándose el zarapo, no sin haber antes cuidado de guardarse en los calzones un par de pistolas mohosas, se encaminó hácia la puerta.

— Me teneis á vuestras órdenes, dijo: adónde vamos?

— Si quisierais tomaros la molestia de enseñarme la casa de ese cura español de quien me hablabais esta mañana.

— Con mucho gusto.

En los desiertos de Sinalva no existe el crepúsculo: la noche sucede al día casi sin transición, y por decirlo así, de un modo brutal: apenas habíamos andado una milla, fuimos sorprendidos por la obscuridad.

— Vais á ver la Bonanza bajo un aspecto nuevo, me dijo don Luis con voz grave. Todos esos puntos que apenas distinguís en la obscuridad y que son casas, van á iluminarse de repente con la luz de mil antorchas de resina, y á trocarse en otras tantas infames cavernas.

El silencio que ahora reina, turbado solamente por el grito de la iguana es engañoso como el que precede al estruendo de una batalla: no os fieis: cada nabogamo se recoge por los horrores de la noche, horrores de placeres, horrores de crímenes. Se preparan las cartas y se aguzan los puñales. Se suplica y se amenaza, suponiendo que haya aquí todavía alguna muchacha á quien poder rogar.

— Tomasteis armas? me preguntó don Luis, parándose de pronto.

— No.

— Pues volvamos á casa, porque si vais á ver al cura, es probable que no volvais hasta bastante entrada la noche y el amigo mejor para pasearse á estas horas, es un par de pistolas que no falten y un sable de buen temple.

Volvimos en efecto, y una vez armado, echaba á andar cuando me detuvo don Luis.

— Perdonad que no os acompañe, me dijo porque no es amigo mio ese clérigo, y aun hariais bien en no decirle que me conocéis. Esta noticia os perjudicaría tal vez.

— De qué procede ese odio, capitán?

— Oh! es ya muy antiguo, data de las guerras de la independencia.

Este nombre hizo asomar una sonrisa de gozo á los labios del melancólico desterrado.

— Tal vez era yo demasiado severo entonces, añadió como si hablara consigo mismo. Pero para grandes crímenes se necesitaban grandes ejemplos y la conducta del buen padre se pasó de lijera.

— Y le castigasteis?

— Casi, casi: castigo como el que yo mandé, tan solo una vez se impone. Había dado orden para que le fusilasen en el término de veinte y cuatro horas y todavía ignoro como se compuso para salvar su pellejo: en aquel tiempo apenas teníamos tiempo para mandar y mucho menos para ver si eramos obedecidos. Espero no me quejaré del resultado de aquel lance, si hoy puede servirlos Yrigoyen de alguna cosa. Pero, loco de mí! os estoy entreteniendo y el tiempo vuela. Buenas noches. Esperaré que volvais.

Media hora después, con el auxilio de las señas que me diera mi amigo improvisado, llegué delante de la casa del cura.

A la primera ojeada que dirijí á la pieza principal de aquella especie de cabaña, descubrí un conjunto tan heterógeno, tan original que estuve tentado por dudar de mis ojos. Sobre un escaparate habia botellas, frascos y pucheros,

y todos estos utensilios llevaban el rótulo de aguardiente.

Al rededor de la pieza, y como incrustada en la pared, se estendia una especie de pesebre lleno de sacos de panocha, de harina de maiz, y de judias. Debajo de estos sacos a somaban algunas puntas de telas ó de prendas de vestir hechas á la moda india, y que atestiguaban el poco conocimiento con que las mercancías estaban ordenadas.

Las tres paredes del aposento, pues la cuarta estaba enteramente ocupada por la puerta y la ventana, estaban del todo ocultas tras de un enjambre inmenso de objetos. Allí estampas obscuras y estampas religiosas, allí armas de todas especies y de todas categorías, allí vestidos de formas y dimensiones diferentes: curiosa mezcla de cortes franceses, ingleses y españoles, y que suscitó en mí un pensamiento, una duda algo injuriosa á la moralidad del propietario de aquel almacén.

(Continuará.)

El deseo de terminar cuanto antes los apuntes sobre la Bonanza de Nabogama, que tanta aceptación han tenido, nos obliga á darle cabida con preferencia, suspendiendo la novela de *Maria*, que continuará inmediatamente. A esta seguirán varias historias y leyendas que tenemos preparadas, y composiciones poéticas de nuestros mejores literatos.

ESPECTACULOS.

TEATRO DE LA CRUZ.

A las siete y media de la noche.

DOS VALIDOS O CASTILLOS EN EL AIRE,

muy acreditada comedia histórica, en tres actos, original de don Tomàs Rodriguez Rubí que tanto ha agradado en sus anteriores representaciones.

Intenmedio de baile, y terminará el espectáculo con un divertido sainete.

ACTORES. Sras. Lamadrid y Tabela.—Señores. Lombia, Caltañazor, (D. V.), Lumbreras, Lopez, Azcona, García, Rada y Fernandez.

TEATRO DEL PRINCIPE.

A las siete y media de la noche.

1.º Sinfonía á completa orquesta.

2.º Se pondrá en escena el drama nuevo, original, en cinco actos y en verso, de don Antonio Gil y Zárate titulado:

LA FAMILIA DE FALKLAND.

ACTRICES. Señora Diez y señora Lamadrid.

ACTORES. Señor Romea (don Julian), señor Romea (don Florencio), señor Sobrado, señor Guzman (don Antonio), etc.

3.º El divertimento bailable conocido con el nombre de

LA INGLESA,

dirigido por don Angel Estrella, quien lo bailará en union de las señoras Diez (doña Josefa) Lopez y Menendez, y de los señores Piga é Hidalgo.

4.º Terminará el espectáculo con el acreditado sainete de don Ramon de la Cruz, titulado:

EL CAREO DE LOS MAJOS.